

lenguas arriba indicadas; y mayor seria nuestro placer si la lengua otomí, desconocida y despreciada, fuese el origen y la ocasion de este nuevo triunfo de las ciencias naturales aplicadas: entónces tal vez se

convendria con los creadores del otomí, en llamarlo, como ellos denominan á esa su lengua singular, *la lengua suprema: hiai-má, hid*, palabra, lengua; *má*, amo, supremo.

GUMESINDO MENDOZA.

## LOS HABITANTES PRIMITIVOS DEL CONTINENTE AMERICANO.

SEÑORES:

No es mi ánimo explicar cómo apareció la raza humana sobre la tierra, que llamamos el nuevo continente; mi objeto, en extremo humilde, se reduce á investigar si corresponde el estudio y resolucion de tan interesante problema al dogma, á la historia ó á la ciencia; me parece que ya es tiempo de recoger y ordenar algunos hechos, imponiendo silencio á las personas que desde hace tres siglos se empeñan en desfigurarlos.

El dogma se reduce á la pretension de que la ciencia se engaña cuando sus descubrimientos pugnan directamente con las noticias históricas que se suponen de origen divino. Si la teología debiera ser oída sobre los aborígenas de América, de las mismas religiones indígenas nos vendria la revelacion mas autorizada: el *génesis* en todos los pueblos se compone de sus observaciones primitivas, y si estas han sido inspiradas por la divinidad, conservarán eternamente su marca por mas que la tradicion las desfigure; hé aquí por qué los sacerdotes de diversos cultos no se atreven á ne-

garse mutuamente ciertas relaciones y ciertos principios, conformándose con atribuir la discrepancia á no sé qué miras sinietras del demonio.

Si por cualquier motivo deseamos la revelacion americana, como escribimos para todos los hombres, no pudiendo declarar preferente ningun culto, tendríamos que buscar en todos los conocidos aquellas bases sobre la creacion humana, en que todos ellos convengan; y verémos con admiracion que esas noticias dogmáticas, en los casos en que son comunes á todas las naciones, no se alejan enteramente de la ciencia.

Hé aquí los puntos en que todas las religiones convienen:

1º La tierra ha sufrido, por lo ménos, un gran cambio en la forma de sus continentes y en sus producciones;

2º El hombre apareció, por lo ménos, ántes del último cambio;

3º Los hombres de ambas épocas se diferencian, por lo ménos, en la duracion média de su vida;

4º Los hombres se dividen en razas, por lo ménos, á causa del clima;

5º Las razas tienen diversas propensiones, y

6º Las propensiones dependen de la diversa organizacion, de tal modo que esta unas veces acerca el hombre al animal por degeneracion, así como otras veces por la perfeccion acerca el mono y otros animales al hombre.

Las fórmulas expresadas no pueden considerarse como un obstáculo para las observaciones científicas; y aunque es verdad que la teología universal se inclina á la formacion de un par de individuos cuando se trata del origen del hombre, no nos seria difícil probarle que ella misma multiplica los pares cuando le conviene. Lo que caracteriza verdaderamente á la teología, es la intervencion directa de la divinidad en todas las creaciones; y nos bastará esta exigencia para declarar fundadas todas sus doctrinas en un absurdo.

Sea cual fuere, en efecto, el sistema que se adopte sobre el origen del mundo, la ciencia gira sobre este principio: *el universo y sus partes se conservan y reproducen por las leyes generales y constantes de la materia*. Los pueblos bárbaros no conocen esas leyes, y obligan á la divinidad á intervenir personal é inmediatamente en los mas insignificantes fenómenos de la naturaleza. Los pueblos semibárbaros, descubriendo algunas de esas leyes, niegan su influencia sobre la creacion humana, é insisten en que la divinidad se ha encargado de dirigir especialmente todo lo que interesa á ese animal que se llama hombre. La ciencia, empero, proclama que para la divinidad todos los fenómenos son iguales; y así es que, ó interviene en todos ó en ninguno, y en ambos casos el resultado es idéntico, puesto que de todos modos la experiencia sola puede alumbrarnos en el estudio general y pormenorizado del universo.

La ciencia no disputa por nombres, y cuando encuentra una ley, lo mismo le da llamarla natural que divina. Por lo que hace á la revelacion, no se le debe ningun descubrimiento; y ella jamas demuestra ni discute, sino que absolutamente se impone. No obliguemos al dogma á intervenir contra su voluntad en nuestras investigaciones científicas; arranquemos al mundo de las manos de la teología para contemplarlo, y no pidamos noticias sobre los indios á un génesis que no los conoció, y que si los hubiera sospechado, los declararia imposibles.

Inútiles son, pues, las noticias de la teología; ¿pero nada, por ventura, significan? Su importancia consiste en que ellas nos conservan los primeros sistemas científicos, y nos atestiguan cómo la imaginacion ha descarriado á la experiencia siempre que ha pretendido dirigirla. La tierra conserva, aunque desgarrado, el ropaje de sus diversas trasformaciones, y la teología las atribuye á un solo cataclismo. El hombre ha presenciado los cambios parciales que modifican nuestros continentes y nuestros mares, y la teología la supone anterior á su único cataclismo. La raza humana se trasfigura visiblemente de siglo en siglo; y la teología acepta dos razas diversas, una ante y otra postdiluviana. Los hombres intertropicales y los del círculo polar son sensiblemente diversos, aunque igualmente degenerados con relacion á los habitantes de los climas templados, y la teología admite una diversidad de origen que confirma con la imaginaria existencia de los gigantes. La diversidad de organizacion y de propensiones, es una consecuencia necesaria de los antecedentes expuestos. ¿Qué cosa no aceptan los libros religiosos? Si ellos despues se manifiestan intolerantes, es por una condescendencia comprensible ante la tiránica y no desinteresada voluntad de sus

ignorantes intérpretes. Entónces nacen la infalibilidad y la poesía; pero nosotros vemos como un estorbo la infalibilidad, y no demandamos á la poesía sino sus mas brillantes adornos.

Si la cuestion autoctono-americana no es dogmática, tampoco es histórica. Se habla mucho de excursiones que los habitantes de otros continentes han hecho ó podido hacer al americano; esas excursiones son de tres clases: supuestas, dudosas y verdaderas. Examinémoslas.

Marcamos, sin vacilar, como imaginarias todas las relaciones de viajes que provienen de algun sistema religioso. La interpretacion teológica tiende irresistiblemente á probar que los acontecimientos mas inesperados, no solo estaban previstos, sino claramente anunciados en el libro divino, y con este objeto atormenta las páginas mas inocentes, que presenta en seguida como cómplices de ese fraude piadoso. Es indiferente negar ó conceder que Noé y sus hijos emprendieron largas navegaciones; que los reyes Salomón é Hirán, de concierto, mandasen flotas á Ofir, y á Tarsis, la india Oriental y la España; que Salmanazar rey de Asiria, haya dispersado por el mundo á diez de las tribus hebreas, y que desde el primer siglo del cristianismo los apóstoles visitasen á todas las gentes: estas noticias no servirian de fundamento á ninguna opinion formal sobre el origen de los indios, si los escritores cristianos no tuviesen el ciego empeño de probar que la humanidad entera debe su origen á un solo matrimonio; estas teorías, por lo mismo, deben desaparecer de toda controversia en que se busque la verdad por un camino conocido.

No sucede así con las simples noticias de viajes extraordinarios, ya se refieran á los asiáticos por el Pacífico, ya por el Atlántico á los europeos y á los africanos, pues

de esas relaciones la mayor parte son probables, y unas pocas seguras, no faltando algunas que pueden confirmarse con el tiempo. Los viajes de Hércules y de Eneas, y otras fábulas del paganismo, deben relegarse á los archivos poéticos y teológicos. Pero quién no concibe la posibilidad de que algunas naciones africanas, que se atrevieron á reconocer el Cabo de Buena Esperanza, no tropezasen alguna vez con el Brasil y con las Antillas? ¿Quién no sospecha el origen americano en aquellos salvajes que aportaban como náufragos, á las playas europeas? ¿Quién no descubre en los sistemas filosóficos sobre la Atlántida y en los sistemas geográficos sobre las cinco zonas y los antípodas, que los romanos, y ántes los griegos, no carecian de noticias, que nos es necesario aplicar á la América, y á las grandes islas de la Oceanía? La sombra de los Andes se proyecta misteriosa sobre el Viejo Mundo; á las playas de este arriban producciones extrañas: y es seguro que en los templos y en los palacios de Roma llegaron á brillar las aves del paraiso, y á inflamarse y esparcirse los perfumes que mandaban las islas actuales por conducto de la Taprobana.

No menores probabilidades concurren en favor de los chinos, de los indios orientales, de los japoneses y de los escitas asiáticos; algunas de estas naciones todavía están rindiendo sus pruebas ante el tribunal de la historia.

Mas felices los hombres del Norte europeo, han demostrado, sin lugar á réplica, que llevan mas de mil años de conocer las aguas y las costas americanas.

Los mismos bárbaros de la Oceanía acaso han dejado una vaga huella y sus huesos en las arenas del Perú y del Chile.

¿Y por qué los americanos no se habrán alejado alguna vez de su continente?

Todo este cúmulo de datos, seguros é infalibles, es del dominio de la historia; pero, ¿cuándo comienza la historia? En el viejo continente con sus tradiciones, con sus monumentos, con sus libros humanos y con sus libros divinos, aun revistiéndose con las alas del mito, apenas puede remontarse á cuatro mil años, y entre nosotros á diez siglos. La historia no conoce al género humano sino en su virilidad. ¿Cuántos siglos de juventud! ¿cuántos de infancia! La ciencia no ha conseguido contarlos sino por épocas. La historia mas antigua es nuestra contemporánea; pudo conocer á nuestros padres y á nuestros abuelos; pero ¿dónde estaba cuando otras razas recorrían nuestro continente sobre el caballo primitivo para lanzar sus flechas de obsidiana en pos del mastodonte? No hay crónica que no comience por una conquista; ¿quiénes eran en aquel entónces los conquistadores? El origen de los indios es enteramente desconocido para la historia.

Para concluir con lo que se refiere á los datos históricos, conviene fijarse en una observacion que no carece de interes, y se reduce á que ni los asiáticos ni los europeos, ni los africanos, han dejado un vestigio incontestable de su venida á esta tierra que con toda probabilidad les fué conocida. La explicacion de este fenómeno puede buscarse en lo acontecido con los escandinavos. Lanzáronse estos desde sus *fiords* hasta los volcanes y ventisqueros de la Islandia; despues, alumbrados por la aurora boreal, tomaron posesion de la América en Groenlandia, y derramáronse en seguida por el suelo reservado á los Estados-Unidos: esos audaces aventureros llegaron á establecer formales colonias; sus caballos han bebido las aguas del Misisipí; sus caracteres rúnicos permanecen hablando desde las rocas; el vino de nuestras viñas silvestres se ha pro-

bado en los palacios europeos; y el papa tal vez ha recibido nuestro oro en las limosnas de nuestros obispos. Pero levantaron los escandinavos su campamento, y á los dos siglos de ausencia las tribus mas ilustradas que dominaban los rios y los lagos norteamericanos no conservaban ni un animal, ni una semilla, ni un instrumento, ni un nombre, ni una letra de aquellos huéspedes con quienes comerciaron ó combatieron el espacio de dos siglos!

Si, pues, la colonia escandinava desapareció por entero en la memoria de los indígenas, ¿será verosímil que los náufragos de otras naciones nos dejasen la circuncision judía, la arquitectura egipcia, la cruz de los cristianos, ni las prácticas del budismo? Señores, lo que se ha encontrado en la América por los españoles es exclusivamente americano. Tierras, plantas, animales, hombres, los restos de otra flora y de otra fauna, y las artes, y las ciencias, y las costumbres, y las instituciones; nada de esto nos ha sido mandado por la naturaleza entre el cargamento de un junco chino ó de una galera de Cartago. Abandonemos de una vez la region de las quimeras.

Hasta hace poco tiempo los mas concienzudos escritores no habian estudiado sino la cronología y la superficial distribucion geográfica de las razas humanas; pero los grandes descubrimientos paleontológicos, produciendo nuevas ciencias, han agregado á la cronología histórica la geológica, y á los continentes actuales los terrenos primitivos, secundarios y terciarios, con animales y plantas, en cuyos seres la creacion existente ha tenido que reconocer su verdadera genealogía. Desde entónces las investigaciones sobre la primera aparicion de la humanidad, siguen el mismo sendero que se ha trazado para el estudio de cam-